

# HACE 50 AÑOS

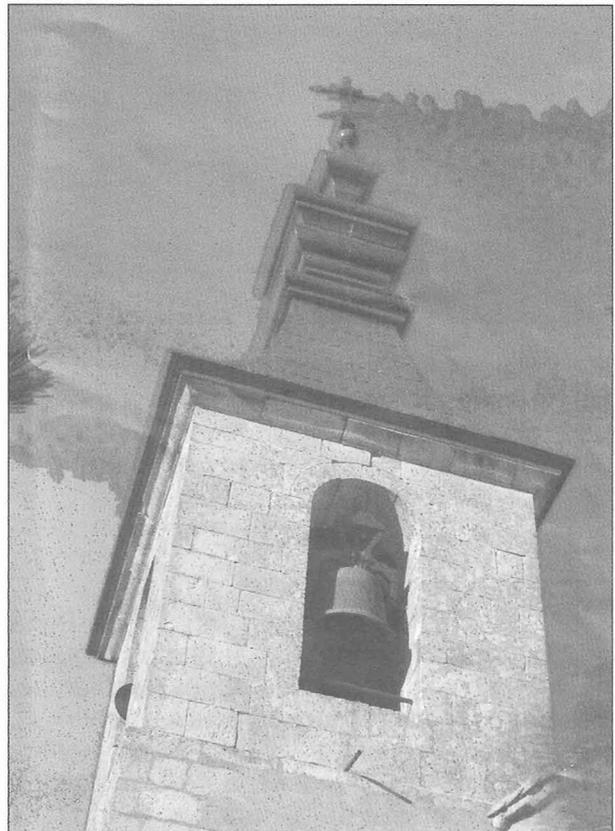
**Vivía en Maranchón rodeado de amigos y disfrutando la libertad de un pueblo sin peligros de coches ni tener que mirar al reloj (bueno, reloj no teníamos, sólomente oíamos las campanadas del reloj de la villa o las campanas de la Iglesia). Nuestra única obligación era ir a la escuela. La calle, donde pasábamos todo el día, era nuestra y sólomente íbamos a casa para comer o dormir. Los fríos, calores, lluvias y nieves los pasábamos en cualquier sitio.**

Podréis comprender que teníamos un repertorio de juegos muy amplio: "Los serenos", "El escondite", "El bote", "El tejo", "Las bolas", "Los campamentos", "El hingue", "Los 4 cajones", "El cortahilos", "El zurrumusquero", "La estornija"... (no enumero todos para no aburrir a los que no los conocieron). Para jugarlos era innecesaria la electricidad, se realizaban en la calle, nuestro cuerpo era importantísimo y utilizábamos materiales encontrados en el campo o en "las cerrás"...

Lo más imprescindible era tener una "Pandilla" o grupo de amigos de edades similares para poder tener una infancia o adolescencia feliz. Con los amigos reíamos, aprendíamos a relacionarnos y, a veces, reñíamos. En Maranchón había 4 escuelas (dos de niñas y dos de niños) y, sobretodo, las de menores de diez años estaban muy llenas. Recuerdo que a los 7 años hicimos la primera comunión unos 20, entre muchachos y muchachas; el día del Corpus tuvimos que turnarnos para poder tirar de las cintas de los estandartes.

Se mecanizó el campo y Maranchón se hundió. Sobraban manos en la agricultura y muchas familias tuvieron que emigrar a zonas industriales. Los tratantes abandonaron la venta de mulas porque era un negocio con muy pocas expectativas. Muchos tratantes se llevaron la familia a donde tenían sus zonas de influencia. Los familiares establecidos en zonas de progreso buscaban trabajo a los que abandonaban el pueblo.

Lentamente me quedaba sin amigos y empezaba a tener dificultades para realizar algunos juegos. Era muy duro ver partir camiones con los muebles en la baca y alguna persona entre los mismos. Las comunicaciones por carretera eran malas (no teníamos coches). El teléfono prácticamente no existía. ¿Volvería mi amigo algún día a Maranchón? ¿Sería tan feliz como era entre nosotros? ¿Ganaría su padre lo suficiente para alimentarlo? Estas y muchas más preguntas me preocupaban en exceso. Algún amigo tuvo la feliz idea de escribirme y comenzamos una correspondencia que me llenaba de alegría. Yo era feliz por seguir siendo amigo de él y por las posibilidades que tenía en sus nuevas tierras; a su vez, comenzaba a tener ganas de irme de Maranchón para tener una vida con más posibilidades.



Los que se marchaban solían vender las casas y las tierras de labranza para llevarse dineros con los que poder enfrentarse a la nueva vida. El que vende acaba. En el 2007 parece absurdo vender por menos de 100 euros las casas donde nacimos, donde se murieron nuestros abuelos y donde aprendimos a andar. Alguna casa se vendió por mil pesetas (6 euros). Las casas de la ladera del Altollano empezaron a derrumbarse y el Pueblo se deterioraba a buen ritmo. ¿Seríamos capaces de mantener el legado monumental de los antepasados? Me refiero a la Plaza de Toros, a la Alameda, a la Torre del Reloj con el Ayuntamiento, Iglesia y Ermita, Escuela...

Afortunadamente me fui a estudiar a Guadalajara y a Sigüenza donde encontré muchos amigos y compañeros para pasar los ratos de ocio. Cuando volvía en periodos de vacaciones volvíamos todos y, tal vez, era más importante estar con la familia que con los amigos.

Mi familia también abandonó Maranchón al amanecer del 11 de septiembre de 1965.